

El Eco de Cartagena

SEMANARIO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA SEGUNDA EPOCA

El Día de la Prensa

Ya se ha celebrado el día de la Prensa Católica.

Debido a los trabajos y cosas propagandas de las distinguidas damas de esta Junta local, el resultado obtenido no ha dejado de corresponder a sus esfuerzos.

A pesar del tratamiento de algunas personas que, aviesadas y poco celosas, no concuerdan como de costumbre, sobre todo a la mesa de 17, la colecta que abnegadas y lindas señoritas efectuaron en todas las parroquias e iglesias de Cartagena ha superado a la del año anterior.

En todas partes fueron muy numerosos los fieles que conalgaron por las intenciones marcadas por las Juntas de la prensa.

Nota: El día de ayer, el pedir entusiasmo que movió todos los corazones de aquellos que como siempre concuerdan en su deber, iban al templo, a depositar su obsequio.

Estos han ocurrido como siempre y a pesar de los trabajos que nuestro agradecimiento Dios los recompensará su buena obra.

Mañana tarde, a las cinco y media, se celebrará la velada anunciada en el Patronato del Sagrado Corazón de Jesús, que por el interés que ha despertado el programa repartido, promete ser una solemne fiesta de la Prensa Católica.

Muchas mil gracias a las señoras que han contribuido con su generosa y hermosa fructo ha dado en el segundo año de su funcionamiento y gracias mil a las señoras que portaron ayer, con su voluntad y sus esfuerzos y buena voluntad a que el éxito sea mayor este año.

De Sociedad

Los que viajan regresaron de la Corte los diputados cartageneros don Juan Sánchez Doménech y don Eduardo Espín.

Para Murcia marchó don Juan Soler.

Marcharon amigos y parientes de don Juan Soler.

Marchó don Juan Soler a la Cámara de Comercio.

Procedió a la sesión de la Audiencia don Daniel Chulvi.

Ha llegado a la Infantería de Marina don Daniel Chulvi, Jefe de Instrucción que fué de este partido.

Ha llegado a la Infantería de Marina don Daniel Chulvi, Jefe de Instrucción que fué de este partido.

Ha llegado a la Infantería de Marina don Daniel Chulvi, Jefe de Instrucción que fué de este partido.

Ha llegado a la Infantería de Marina don Daniel Chulvi, Jefe de Instrucción que fué de este partido.

Ha llegado a la Infantería de Marina don Daniel Chulvi, Jefe de Instrucción que fué de este partido.

Ha llegado a la Infantería de Marina don Daniel Chulvi, Jefe de Instrucción que fué de este partido.

Ha llegado a la Infantería de Marina don Daniel Chulvi, Jefe de Instrucción que fué de este partido.

Ha llegado a la Infantería de Marina don Daniel Chulvi, Jefe de Instrucción que fué de este partido.

Ha llegado a la Infantería de Marina don Daniel Chulvi, Jefe de Instrucción que fué de este partido.

Sesión del Ayuntamiento

A las once de ayer se reunió en cabildo ordinario nuestra corporación municipal bajo la presidencia del sexto teniente de Alcalde don Domingo Madrona por encontrarse enfermo el Alcalde don Casío Fernández.

Aprobado que fué el acta anterior se procedió al despacho de los siguientes asuntos.

Informes de las Comisiones de Policía, Ensenche y Propios, proponiendo se autorice a don Antonio Esteve, instalar una caseta en la calle de Alfonso XIII y canon que ha de satisfacer anualmente.

Fueron aprobados de conformidad. Informe de las Comisiones de Policía, Ensenche y Propios proponiendo se autorice a don Antonio Buyo, cercar un terreno de su propiedad en el barrio de la Concepción y se le conceda una parcela sobrante de la vía pública lindando con aquél.

Después de una larga discusión entre la presidencia y el señor Cortés, se pone a votación dicho informe y es aprobado por mayoría.

Oficio del Sindicato 11 de Noviembre solicitando de esta Corporación, que en vista de la difícil situación en que se halla la vida en Cartagena, protesta ante el Gobierno de la actividad de la Sociedad de Construcción Naval, para que haga reconocer a ésta, la justicia de la petición de los obreros y al mismo tiempo conceda este Ayuntamiento, una cantidad en metálico, para el sostenimiento de los huelguistas.

El señor Cortés hace uso de la palabra, manifestando que la Corporación debe protestar de la actitud en que se ha colocado la Constructora y que los elementos de la mayoría están dispuestos a renunciar las notas de concejales, que debe entregarse a los huelguistas la suma de 1.000 para mitigar las penalidades que sufren, y termina proponiendo se le telegrafe al Presidente del Consejo de ministros para que gestione con la Constructora a fin de que ésta deponga su actitud y evite el grave conflicto que se presenta.

El señor Madrona dice que desde el primer momento ha estado al lado de los obreros, y así lo demostró en la sesión anterior proponiendo se le telegrafe al Gobierno, y el señor Cortés no estuvo en dicha sesión que en vez de darle las 1.000 pesetas al Sindicato 11 de Noviembre deben pagarse las mensualidades que se adeudan a varios empleados municipales y que deben contribuir con esas 1.000 pesetas los concejales, diputados y senadores, y que él está dispuesto a dar cuanto tiene y defender como lo viene haciendo a los obreros.

Contesta el señor Cortés a lo dicho por el señor Madrona, diciendo que si no estuvo en el pasado cabildo fué por que estaba en la Audiencia provincial ese día.

Después que apesar de lo propuesto por el señor Madrona sobre que los concejales y senadores abonen esas 1.000 pesetas, el Ayuntamiento debe contribuir.

Después de decir que el alcalde no existe al acto por encontrarse enfermo, pide se acuerde cuanto ha propuesto.

El señor Castro que está al lado de los obreros con cuanto tiene y cuanto vale y se muestra conforme con lo propuesto por el señor Cortés.

El señor Moncada muestra su conformidad a lo propuesto y pide que en vista de la gravedad del asunto se le telegrafe inmediatamente al Gobierno.

El señor Ortega propone que en vez de 1.000 pesetas entregue el Ayuntamiento 2.000 sin perjuicio de lo que después se recaude.

Se acuerda por unanimidad conceder 2.000 pesetas a los huelguistas.

Informe de la Comisión de Hacienda, informando se acuerde la cantidad que ha de entregarse a la Comisión de la Cruz Roja, para premios en el certamen científico literario que proyecta celebrar.

Se acuerda contribuir con 300 pesetas.

Instancia de don Carmen Ferrer, solicitando el pago de 800 pesetas que se le adeudan por alojamiento de fuerza de la Guardia.

Se acuerda que dicha suma se incluya en el primer presupuesto.

Informe de la Comisión de Régimen Interior, proponiendo se conceda un sueldo a la viuda del barrandero Eusebio García.

Se le concede por única vez 100 pesetas y con esto se dió el acto por terminado.

¡AL NORTE! ¡AL NORTE!

Doña Concha y Pepita se hallaban en el cuarto de costura ocupadas afanosamente en adornar con anchas cintas rojas y grupos de flores silvestres unos descomunales sombreros de paja basta, cuando sonó estrepitosamente la campanilla de la puerta de la calle.

—¿Si será visita? — murmuró doña Concha interrumpiendo su trabajo y mirando atentamente a Pepita, que se había quedado escuchando, con la aguja en alto y los ojos fijos en el sombrero, como si amenazara dar un pinchazo a una amapola que asomaba sus cuatro hojas purpúreas y descompuestas por entre un grupo de margaritas.

—¿En dónde, en dónde están esas pajaritas? No las avise usted, que queremos sorprenderlas! — se oyó gritar un instante después en el pasillo.

—¡Ay! ¡Las marquesitas del Humo! — chilló aterrorizada doña Concha, dando un salto en el asiento. Y dirigiéndose después a Pepita, añadió precipitadamente. — ¡Esooode eso corriendo, que se van a soplar aquí esas impudentes, y como son tan lagartas, pueden sospechar...

Pepita reoigó apresuradamente los sombreros, las cintas y las flores, y echó a correr con ellos hacia una habitación inmediata, mientras doña Concha se guardaba en los bolsillos las tijeras y el hilo y se adelantaba hacia las marquesitas del Humo, que en aquel momento penetraban en la estancia, murmurando sonriente:

—¡Adelante, adelante, queridas mías! ¡Tanto bueno por aquí!

—¡Eso venimos buscando nosotras, lo bueno! contestó la marquesa madre, besando cariñosamente a doña Concha, mientras las marquesas hijas, que eran nada menos que cuatro, se dirijian a Pepita, que en aquel instante regresaba al cuarto de costura, y le daban un diluvio de besos y abrazos, con peligro de ahogarla, en conformidad con aquel refrán antiguo, que dice: tanto quería el diablo a sus hijos, que les sacó los ojos.

Y no porque las marquesitas fueran ningunos diablos, ni muchísimo menos, que eran unas chicas de buen corazón y bastante sensibles. El único defecto que se notaba en ellas, y al que debían el título de marquesas del Humo, que gratuitamente les concedían todos sus conocidos es que eran un poco presumidas y vanidosas, y muy amigas de darse pinto. Eran tonatas de la cabeza, según decía Pepita, a la que a su vez ponían las marquesitas como chups de dómimo, atribuyéndole los mismos y mayores defectos.

Después que se hubo establecido un poco la calma, aunque no el silencio; pues ésta, según graves autores, no puede existir en donde hay dos mujeres juntas, exclamó la marquesa madre, dirigiéndose a doña Concha.

—Hija mía, venimos de despedida.

—Y ¿a dónde, a dónde se va este año? — replicó doña Concha.

—Pues hija, ya se sabe; adonde todos los años; a San Sebastián.

—También nosotros saldremos unos días, y esta noche pensábamos habernos llegado a decididos adiós; nada más que un momento, por que estamos atareadísimas preparando el equipaje. ¡Es un dineral lo que nos cuesta todo looveranos la salida de Madrid!

—Lo mismo que a nosotras, hija.

—Un dineral! Traje de calle, traje de casa, traje de mañana, traje de visita, traje de baño, traje de paseo, el tren, la fonda, excursiones a los alrededores... ¡la mar, hija, la mar! Con que, vamos a ver! y vosotras, ¿a dónde vais a San Sebastián también?

Doña Concha y su hija cambiaron entre sí una rápida mirada de inteligencia, mientras las cinco marquesas alargaban el cuello y aguzaban el oído como si les importara mucho saber el punto que habían elegido para vernear doña Concha y Pepita.

—Lo ignoramos aún... — replicó doña

Concha, después de vacilar algunos instantes. También nosotras pensábamos ir a San Sebastián, pero no sabemos qué se ha puesto a López en la cabeza, que prefiere cualquier otro punto a San Sebastián. Rarezas de hombres, hija. Regularmente iremos a algún pueblecito de las costas de Galicia... A mí el punto me importa poco, con tal que sea un centro elegante y concurrido y que esté en el Norte, porque este Madrid, en llegando Julio, es insuportable.

—Insuportable, hija, insuportable! contestó el coro de marquesas echándose fresco con los abanicos.

—¡Pepita, Pepita! — gritó en aquel instante Arturito, el hijo menor de doña Concha, entrando precipitadamente en el cuarto de costura. ¡El Monino se ha subido encima de la cómoda y se ha puesto a jugar con los sombreros de paja que estáis haciendo!

—¡Demonio de gatol Hijas, con vuestro permiso — dijo Pepita saliendo disparada.

—¡Ah, pícaras pícaras! — exclamó una de las marquesitas dirigiéndose a doña Concha. — ¿Con qué están haciéndose sombreros? ¡Mira, que reservadas!

—¡No, hija, no! — replicó aturullándose doña Concha. — ¡Si son unos sombreros lindísimos que recibimos ayer de París, y estábamos variándole de lugar un lazo! ¡Se han estropeado mucho! — agregó dirigiéndose a Pepita, que regresaba al cuarto de costura.

—¡Mucho! — contestó Pepita. — ¡Los ha dejado inservibles!

—Mujer, ¡qué lástima! — exclamó una marquesita. — ¿Por qué no los traes, a ver si en un momento los arreglamos entre todas?

—¡Quita allá, hija! — contestó Pepita, que mentía con mucha más frescura que su madre. — Me ha dado tanto coraje al verlos en aquel estado, que les he acabado de romper, y le he dicho a la criada que los eche a la espuerta de la basura. ¡En fin qué se ha de hacer! — añadió sonriendo. — ¡Noventa pesetas perdidas! Veremos si en Madrid encontramos algo que valga la pena, y si no, en el Norte los compraremos.

—Si, hija, si — le contestó una marquesita si te apures. Los compras luego allí. ¡Al Norte cuanto antes!

Eso es ¡al Norte! — replicó Pepita sonriendo.

—¡Al Norte! ¡al Norte! — exclamaron a coro todas las señoras señalando con los abanicos a los cuatro puntos cardinales, y levantándose alegremente.

Ocho días después de esta escena, se instalaban doña Concha y su hija en una casa de huéspedes con honores de fonda en el pueblecito de X., situado a muy pocas leguas de Madrid. El pueblo era pintoresco y alegre, muy abundante en aguas de sierra, y en los alrededores había sitios deliciosos y apacibles, con muchos y frondosos árboles, en donde se pasaba bien el rato por las tardes y aun por las noches cuando había luna. De todos estos sitios, el preferido por los naturales del pueblo y por los forasteros era uno que llamaban la Fuente Agría, por encontrarse en él un rico manantial de aguas ferruginosas que, como es sabido, tienen aquél sabor.

Allí se dirijieron doña Concha, Pepita y Arturito a la caída de la tarde del segundo día de su llegada a X., con el deseo de disfrutar de la hermosura y apacibilidad del lugar. Además y esta era la razón principal, al menos para Pepita, para dirigirse a aquel sitio, allí se reunían por las tardes las personas más escogidas del pueblo, formando animadas tertulias en los bancos de piedra que había colocados alrededor de la plazoleta de árboles, en donde se encontraba la fuente.

Estaba situada la plazoleta en un recodo del camino por donde marchaban doña Concha y Pepita, así fué que por esta razón, y por los muchos árboles que en aquel paraje había, no pudieron ver la plazoleta hasta que penetraron en ella. Pero apenas había andado algunos pasos hacia el centro de la plazoleta, se detuvieron estupefactas. ¿Quiénes eran aquellas cinco señoras que habían sentadas en un banco, precisamente en el sitio adonde ellas se dirijían, con unas batallas de percal ramado y unos sombreros de paja que parecían palanganas boca abajo? ¿No eran las marquesas del Humo?... ¡Las mismas, las mismas eran, no había duda! Pues, ¿no habían asegurado las muy embusteronas, cuando estuvieron en casa a despedirse, que iban a San Sebastián, como todos los años?... Pues, entonces, ¿cómo se encontraban en X... Pepita, que era lista, se hizo

cargo de todo al momento. El San Sebastián adonde todos los años iban las de Humo, era X... También era X., sin duda, el San Sebastián de algunas otras famias madrileñas que veía por allí... como era a la vez el pueblecito de las costas de Galicia adonde ella y su madre habían ido... Pepita se explicó entonces perfectamente, de qué modo muchas familias que no tenían, como ella, donde caerse muertas, viajaban por el Norte todos los años. Por lo visto, las costas del Cantábrico estaban, para muchos, en los alrededores de Madrid...

Por su parte, las del Humo habían dividido a Pepita y a su madre y trataban de haceros, como éstas las distinguían. Pero el destino era ya imposible, porque Arturito se había colocado en el centro de la plazoleta, y había comenzado a exclamationar a gritos pedaleo, señalando a las del Humo: — ¡Mamá, mamá, allí están doña Cecilia y sus hijas!... ¡Allí! ¡En aquél banco!

Doña Concha y Pepita se dirijieron a las del Humo, que a su vez salían ya al encuentro de Pepita y su madre.

— Pero ¿cómo es eso? — exclamó doña Concha llena de sorpresa. — ¿Pues ¿no nos dijeron Vds. que iban a San Sebastián?

— ¡Si, hija, si! — contestó la marquesa madre, trabándosele la lengua y roja como una amapola — pero nos escribieron el fondista diciendo que no había habitaciones, y... Pero ¿ustedes? ¿No desean que irían a las costas de Galicia?

— ¡Si, señora! — contestó Pepita mordiendo los labios para no soltar la risa, que hacía rato le requebraba en ellos — pero nos escribió también el fondista diciendo que tampoco había habitaciones, y...

Y no pudiendo contenerse más, estalló al fin Pepita en una carcajada estrepitosa y continuada, mientras las demás señoras bajaban la cabeza avergonzadas y se ponían a contar las varillas del abanico, sin saber si reír o tomar la cosa en serio.

Al fin una de las marquesitas, que era alegre y vivaracha, soltó otra carcajada espontánea y ruidosa, haciendo el duo a Pepita. Inmediatamente las cinco señoras restantes rompieron también a reír a todo trapo, siguiéndose durante algunos instantes un coro general de estrepitosas carcajadas, sin bien ninguna de las señoras se atrevía a mirar al rostro a las demás por el natural sonrojo que les causaba el verse en descubierto...

Información de Marina

Destino

Conforme con lo propuesto por el Presidente de la Asociación Benéfica de Huérfanos de la Armada, S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido a bien disponer que el comisario don Gabriel Mouron Balado, que desempeña el cargo de Tesorero de dicha Asociación, se encargue también, con carácter de interino, de la Habilitación del Colegio de Nuestra Señora del Carmen, cesando en el cometido que actualmente ejerce en la Intendencia general.

Comisiones

Accediendo a lo solicitado por el primer teniente del regimiento de Infantería Murcia número 37, don Joaquín de Vierna Belando, S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido a bien destinarle en comisión, a la primera compañía del primer batallón del segundo regimiento de Infantería de Marina.

Disposición

S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido a bien disponer que el alférez de navío don Rafael Bauzá y Ruiz de Apodaca pase asignado a la Comisión inspectora del arsenal de Cartagena, para embarcar en el torpedero número 15, cuando sea entregado a la Marina.

Licencia

Cumplido de los dos meses de licencia por enfermo que le confirió la real orden de 27 de abril próximo pasado el coronel de Ingenieros de la Armada don Juan Antonio Ruiz y López de Carvajal y que empezó a disfrutar en 14 del mismo mes, S. M. el Rey (q. D. g.) ha tenido a bien ordenar que dicho jefe vuelva a encargarse del destino de Comandante de Ingenieros y Jefe del ramo del arsenal de la Carraca, cesando en estos cometidos el teniente coronel del propio Cuerpo don Alfredo Pardo y Pardo, quien fué nombrado para los mismos, interinamente, por real orden, fecha 1.º de mayo último.

Adolfo B. de Linares
Medicina general
especialista en enfermedades
de la piel y venéreas.
Consulta, de 10 a 12 y de 5 a 7.
Paseo de Colón, 1.